

“TÚ ME NO ME DISTE AGUA PARA LAVARME Y ELLA ME DIO SUS LÁGRIMAS (Lc. 7, 36-49)

1. Lágrimas de agradecimiento.
2. Amor y perdón son aguas de la misma fuente.
3. Diques contra corriente.
4. Intentos de trasvase
5. Dejar que el perdón fluya

Decíamos esta mañana que el Evangelio no describe en qué consiste la experiencia de la Gracia. En lugar de eso, narra sucesos biográficos, diversas versiones en las que se nos muestra lo que empujó a determinadas personas a echarse a los pies de Jesús, necesitando su perdón y lo que todas estas personas se encontraron.

Esta mañana la imagen era un hombre roto de indignidad y de vergüenza, **un hombre que no podía consigo mismo**. Lejos y alejado de Dios. Sin poder hacer nada, nada más que gritar y suplicar: *“Dios mío, ten compasión de mí”*. Una situación que todos hemos vivido de alguna manera, con mayor o menor intensidad. Un batacazo con el que la realidad nos golpea y nos deja vuelta al aire o el sentimiento profundo, insalvable de pecado: *“Quien lo probó lo sabe”*. Alguien en semejante situación sin salida que, inesperadamente, se encontró envuelto en el torrente de la aceptación incondicional, del amor puro de Dios que, por eso mismo, no necesita gente “pura”, irreprochable, sino que más bien ha venido a curar y a salvar a quien ya no tenía esperanza alguna, a buscar y a salvar a los que sin ninguna duda tenían necesidad de médico, del cuerpo y del alma, a los pecadores.

Y eso lo sabe muy bien por ejemplo en lo humano, quien ha experimentado la sorpresa de que mereciéndose el más justo de los rechazos, por ejemplo de su mejor amigo o de su pareja, se ha encontrado, frente a toda lógica y todo pronóstico, con un perdón sin letra pequeña...donde lo que se merecía era una condena con letras grandes, con mayúsculas. (El amor redentor: un amor que ha sido herido por otro, que perdona al causante y que lo saca del pozo. ¿es posible este amor? ¿Es sano? Sí, si nace de la abundancia del corazón. Su fuente. Si podría hacer otra cosa. Si no es ingenuo o dependiente).

Nos acercamos esta tarde a esta mujer que sin más irrumpe en la escena del evangelio. Ella representa el momento en el que la Gracia ya empapó todas sus fibras. La fuente del perdón y de la compasión ya se desató e inundó todos sus arroyos interiores. Ya se sintió enteramente salvada, eternamente salvada, extrañamente salvada, inmerecidamente también. **Una mujer que representa el momento de “después de aquello”**. Y por eso su reacción no puede ser otra que las lágrimas de agradecimiento: *“Me has curado, me has hecho revivir; la amargura se me volvió paz cuando detuviste mi alma ante la tumba vacía y volviste la espalda a todos mis pecados”* (Is.38, 16-17). Por eso *“se me alegra el corazón, se gozan mis entrañas y mi alma descansa serena porque no me entregarás a la muerte ni dejarás a tu fiel conocer la corrupción. Me enseñarás el sendero de la vida, me saciarás de gozo en tu presencia, de alegría perpetua a tu derecha”* (Sal. 15, 10-11).

Salmos que bien pudieran ser los que aquella mujer canturreaba, llena de emoción, mientras se dirigía corriendo, a toda prisa, a casa de Simón el fariseo, cuando se enteró de que Jesús, su salvador, se encontraba allí.

No sabemos cuál fue la experiencia **que le empujó a aquella mujer** a acudir corriendo a la casa de Simón y a echarse **a los pies de Jesús**. Unos dicen que si escuchó de labios de Jesús la parábola del hijo pródigo y se conmovió al sentirse identificada con el pequeño. Y que su sorpresa fue mayúscula al conocer la reacción totalmente inesperada del Padre. Otros dicen si acaso estuvo cuando las bienaventuranzas y su corazón de pobre se le llenó entonces de dignidad, al escuchar que los que son como ella, los que lloran, los pobres, los perseguidos, los rotos... resultan que ocupan los primeros puestos en el corazón de Dios, en su interior ocupan los palcos de honor. Algunos creen que fue otra de las mujeres que escondidamente, secretamente tocó el manto de Jesús y sintió que una corriente de salvación y de gracia pasaba de Jesús a su vida, en forma de contagio, de contagio salvador.

No lo sabemos. Solo podemos intuir que **Dios salió a buscar a esa mujer** y ella tuvo la suerte de enterarse y sus gestos son la respuesta agradecida al movimiento previo de Dios. En realidad todo el evangelio, lo cojas por donde lo cojas, nos da ocasión de hacer mil hipótesis, porque todo el evangelio es reflejo de la locura de un Dios que ha salido a buscarnos, a salvarnos y que no va a parar hasta encontrarnos. Incluso a pesar de nosotros. Como el pastor que sale a buscar la oveja perdida como si fuera el rebaño entero y no hubiera más rebaños en el mundo. O como la mujer que pone patas arriba la casa hasta que da con la moneda perdida, por fin.

Nuestro Dios no deja de salir a buscarnos. No se cansa de salir a buscarnos. Como el amor de la viña de aquella parábola de los jornaleros. Sale y sale. Salió temprano, salió a media mañana, a mediodía, al atardecer y cuando ya anochecía. O sea continuamente, siempre. Dios ha ido saliendo a buscarme a lo largo de toda mi vida. Está saliendo ahora, estos días, y sé que seguirá saliendo. Porque incomprensiblemente, su amor es más grande, más terco, más fuerte que la reincidencia o la gravedad de mi pecado. ¡Jamás entenderé cómo este Dios nuestro no se cansa de salir a buscarnos!

¿Por qué nos amas así Señor? Si sabes que no somos, ni de lejos, capaces de corresponderte. Si sabes que somos una pandilla de desagradecidos que nos vamos a volver a marchar. Si conoces perfectamente que somos hijos pródigos reincidentes y que nuestras recaídas son del setenta veces siete. ¿Por qué?... Y como ya lo hiciste con el hijo pequeño de la parábola, nos dejas con la palabra en la boca y nos rodeas con un abrazo redondo. Y entonces nos quedamos sin palabras. Y lo único que se oye, como con aquella mujer, son las lágrimas sonoras de agradecimiento. ¡¿Por qué nos amas tanto, Señor, tanto y así?!

Lo mismo que esta mañana nos encontrábamos con un hombre roto, el publicano que subía al templo. Esta tarde nos encontramos con **una mujer rota sí, pero de agradecimiento**. Ella sí que fue de las que se enteran, vaya si se enteró. Y el corazón que se entera siempre vuelve a las fuentes. ¡A qué otro sitio va a acudir ya!

Queremos estar esta tarde con esa mujer que irrumpe en casa de Simón para escándalo de todos; de todos menos de Jesús. Unas de esas personas del evangelio, de las que hay tantas, que **“pierde los papeles” por Jesús**. En realidad casi podríamos dividir el evangelio entre los que “pierden los papeles” y los que se empeñan en “representar su papel”, en “guardar los papeles y las formas”. Zaqueo, por ejemplo, está entre los primeros, entre los que “pierden los papeles” por Jesús. Capaz de subirse a un árbol haciendo el ridículo y siendo un poco el hazmerreír y la burla de la gente. No se importó... es que realmente lo que él quería era ver a Jesús. Y su deseo era tan grande que hizo para ello cualquier cosa, incluso el ridículo si hacía falta. O aquellos otros amigos del paralítico que destruyeron el tejado porque la multitud les hacía de tapón en la puerta. Pero era demasiado importante que su amigo acabase a los pies de Jesús. O aquella mujer que sufría flujos de sangre y por tanto en aquella cultura era impura, intocable y se lanzó sin pensarlo a tocar el manto de Jesús, como un sediento se lanza desesperado cuando encuentra la escondida fuente. O el ciego de Jericó, al que le mandaban que se callase un poco, que dejase de molestar al maestro. Pero él, dice el relato, que **“gritaba más fuerte todavía”**: Jesús, ten compasión de mí.

Ejemplos mil porque afortunadamente el evangelio está lleno de personas que pierden los papeles por Jesús. Muchos de ellos porque en realidad no tienen otra cosa que perder y sobre todo porque han intuido que con Él hay mucho que ganar. También queremos mirarlos a ellos esta tarde para que, cuando en nuestro deseo de ver a Jesús, de vivirlo todo con él, surgen dificultades de fuera o de dentro de nosotros no nos echemos atrás. Para que no nos arruguemos, para que no claudiquemos a las primeras o a las segundas de cambio. Todos estos personajes y más insisten e insisten hasta ver, oír o tocar a Jesús. Aunque sea a codazos, aunque sea a rastras.

Es verdad que también están los cumplidores, **los que “desempeñan su papel, los que guardan los papeles”**, los que se reservan, los que nunca desentonan ni son pillados en falta. No son mala gente, pero no son ni conscientes de lo perdido que están. Y no digamos nada de lo que se están perdiendo. Ahí está el mismo Simón el fariseo, o el hijo mayor de la parábola, o el fariseo que subía al templo a orar esta mañana, los jornaleros de la primera hora, incluso la misma Marta de Betania. Irreprochables. Tienen toda la razón. Pero sólo eso. Y además su propia razón, a la que vuelven una y otra vez. Su mundo es muy pequeño. De que me sirve tener la razón si pierdo a mi hermano. De que me sirve tener razones sin con ellas en realidad me defiendo de Dios. El horizonte de la gracia les queda muy lejos. (Ojala ellos y nosotros nos encontremos con hermanos pequeños que nos hagan saltar por los aires nuestras lógicas calculadoras. Pero ojalá sobre todo que la riada de la gracia arrastre sin retorno nuestros pequeños tingladillos y nos deje desnudos ante Él).

Esta tarde, decimos, es para mirar y ponernos, a unos pasos de aquella mujer, que perdió los papeles por Jesús. Es para mirar sus gestos de amor: sus lágrimas, su deseo de lavar los pies de Jesús, sus besos. Y saber que **todo esto tiene su origen, su fuente en algo que ella previamente ha recibido**. Ya lo desvela Jesús casi al final del relato: “Te aseguro que si da tales muestras de amor es que se le ha perdonado mucho”. El que bebe de la fuente de la compasión y de la gracia, del perdón inmerecido, siempre recibe además, con esa misma agua, el regalo de una alegría honda y sobria, un agradecimiento humilde, un amor que se desata, que libera... y la paz en el corazón. De hecho este texto termina así: “Vete en paz, vete con esta paz”.

Agradecimiento sí, pero muy distinto del que veíamos esta mañana: **“Dios mío te doy gracias porque no soy como el resto de los hombres: ladrones, injustos y adúlteros. Ni como ese publicano”**. Es el agradecimiento del fariseo. Nosotros no lo decimos nunca así de burdo, pero a veces se nos cuela sin querer, cuando el Señor ha estado grande con nosotros y nos parece cosa nuestra. Por eso la oración de esta mujer podría ser como la de este fariseo pero al revés: “Dios mío, te doy gracias porque sí soy como los demás, ladrona de tus dones, injusta con todo lo que de Ti he recibido y adúltera para con tanta fidelidad con la que Tú me envuelves siempre. Te doy gracias –podría añadir– porque sí soy como ese publicano, y como todos los que reconocen con paz, delante de Ti, su fragilidad y su pecado. Yo no tengo ayunos, ni pago de diezmos con los que poder presentarme ufana de nada”.

Esta mujer nos invita esta tarde a **dar gracias a Dios por lo más oscuro y reincidente de nuestro pecado**. No porque sea bueno en sí. Es verdad que muchas veces nos afea y que hacemos daño con él. Pero también es verdad que él ha sido el camino despejado que la Gracia ha encontrado para llegar a nosotros. Esta tarde es un tiempo bueno para entregar al Señor no nuestra mejor versión, no nuestros ayunos, nuestros logros, nuestras buenas obras; no nuestras oraciones o nuestras acciones en favor de los demás, nuestros gestos de generosidad y desprendimiento. Eso también. Pero sobre todo es para entregarle nuestro pecado, nuestros monstruos interiores. Con el deseo quizá no de que

desaparezca. Uno al final no sabe si eso será mejor o peor. Sino con el fin de que el pecado no nos aparte de Él. ***“Si mi pecado me aparta de Ti, Señor, cógelo Tú y échalo a un lado”.***

Esta tarde es para entregar al Señor nuestro pecado concreto, el que nos duele, el que nos desarma, el que hemos intentado tantas veces, inútilmente, sacudirlo de nuestra vida. Devolvérselo en forma de agradecimiento, porque ahora sabemos que incluso él, o precisamente él, forma parte de la historia de la salvación de Dios para conmigo. Como formó parte de la historia de la salvación la negación de Pedro e incluso la traición de Judas. Todo está ya salvado. Y lo peor del pecado es darle más poder del que ya de por sí tiene.

Esta tarde es para recordar aquello de “bendita culpa que mereció tal salvador”. Bendita indignidad que me precipitó a los brazos siempre abiertos del Padre. Bendito pecado que me hizo pequeño y me hizo gustar la grandeza inmensa de tu misericordia para conmigo. Y el perfume y las lágrimas y los besos no son sino expresión de mi agradecimiento. Aquella mujer ya está bebiendo a placer de las aguas que brotan del corazón compasivo del Padre. Y quizá por eso estos gestos no necesitan de palabra alguna.

Ojalá que esta tarde, si el espíritu nos lleva por ahí, no tengamos prisa ni pudor en quedarnos en estos gestos, en hacerlos nuestros. Estos u otros gestos con los que mirar nuestra historia y reconocer en ella ese momento o esos momentos en los que nuestra miseria se funde en un abrazo con la misericordia de Dios. Y **tatuar el abrazo en el corazón**, lo mismo que ayer tatuábamos la camilla. Y quedarnos ahí, a los pies de aquel a quien debemos tanto. A los pies de aquel a quien en realidad se lo debemos todo.

El texto que estamos recorriendo podría haber acabado aquí perfectamente. Con las lágrimas del agradecimiento podría haber finalizado el texto. Pero suele suceder que el evangelio contemple un segundo final. Pasa lo mismo por ejemplo con la parábola del hijo perdido. Podría haber acabado con la fiesta del perdón, pero el texto continúa con la reacción del hermano mayor. O la parábola de los viñadores podía tener como final el pago a los últimos de idéntica cantidad que a los primeros, pero los de la primera hora saltan a escena. O los letrados y maestros de la ley que cuestionan el que Jesús se aloje en casa de Zaqueo. Incluso Marta hace de contraste a lo que podría ser un encuentro, el de María de Betania, que por fin llega a su término.

Si nuestro corazón no fuera tan ambiguo, ahí podrían acabar los textos. Y esos finales serían los primeros y los únicos. Pero en todos los casos existe un contrapunto y los relatos continúan y se produce ese extraño fenómeno por el cual vemos todo el rechazo, todas las resistencias y todas las reacciones airadas a la presencia de la gracia en nuestras vidas. Unas veces en forma de murmuración, como en este caso: “Al ver esto Simón el fariseo murmuró para sí: si este fuera profeta sabría qué clase de mujer es la que lo está tocando, pues en realidad es una pecadora”. Otras veces en forma de protesta, de agravio comparativo, incapaces de alegrarse del bien ajeno, como en el caso de los viñadores de la primera hora a los que no se les pegó nada del amo. E incluso el enfado y el enfrentamiento como en el caso de la parábola, el hijo mayor.

Y si esos personajes aparecen en el evangelio alargando los relatos, llevándolos de segundos finales, quizá sea porque la presencia de estos personajes, en realidad de estas reacciones, no sean tan raros entre nosotros. Quizá porque en nosotros convivan ambos personajes, los de los primeros y los de los segundos finales. Incluso habiendo gustado el agua fresca del perdón, habiéndonos lavado en sus aguas, habiendo limpiado y curado en ellas nuestras heridas... persiste en nosotros ese fariseo camuflado, que prefiere merecer, controlar o estar a la altura. Ese fariseo está ahí agazapado, dispuesto a saltar al menor contratiempo. En cuanto se nos agiten un poquito las aguas, como Pedro en el lago.

Pues bien, una de las cosas preciosas del Evangelio (otra más) es que si el Padre sale a buscar y con verdadera pasión al hijo pequeño cuando regresa, **también sale a buscar**, con el mismo anhelo, aunque de distinta forma, **al hijo mayor**, cuando se resiste a entrar en la fiesta del perdón. Y, en este diálogo entre Simón el fariseo y Jesús, en realidad nos da la sensación de que Jesús está saliendo a buscarle. Está saliendo a salvarle. “Simón, tengo que decirte una cosa”. Con esas palabras, cargadas de complicidad y de firmeza, Jesús está saliendo a buscar a esa otra oveja perdida, acaso más perdida que la primera, aunque ella no lo sepa y crea lo contrario.

A los pequeños del Reino, a los que se enteran, a esta mujer pecadora, Jesús les ofrece el perdón sin más, porque no encuentra obstáculos entre la fuente y cántaro, entre en manantial y el cauce del río. Pero en el caso de los “sabios y entendidos”, como Simón y los otros que no se enteran, Jesús tiene que desenmascarar su pecado. Está ahí, es enorme, pero no lo ven. Tiene que abrirles los ojos, quitar la viga, ponerles delante su engaño. Hay demasiada broza, demasiada morralla y hojarasca que taponan las tuberías. El agua de la Gracia no llega, no fluye. Jesús tiene que desatascar.

Y entonces Jesús sale a buscar a Simón a través de la pecadora. Ella se convierte para él en maestra de la Gracia: “Mira a esta mujer” le dice. Mira cuánto amor ha manifestado y mira de qué experiencia de perdón procede. “Tú no me diste agua para lavarme, ella en cambio me ha dado sus lágrimas”. Aquel fariseo hizo cosas por Jesús, le invitó a comer, lo acogió en su casa, pero todo ello en medio de una relación controlada. No se mojó, no se enteró.

Jesús le dice a Simón: “no pases de largo de tu propio pecado”. Y se lo dice no por masoquismo o por afán de fastidiarle. Sino por darle una oportunidad. No pases de largo de tu pecado, quitándole importancia o justificándolo y justificándote. Porque puede que precisamente ahí te esté citando el Señor. No tengas miedo a mirarlo en toda su negrura, no huyas ante la impotencia que te produce. No tengas miedo a caerte de tu altura. No tengas prisa en pasar de largo de tu propio pecado, pero tampoco te quedes enredado en él. **En situación de pecado, lo que nos salva es levantarlos los ojos y mirarle más a Él que a nuestro pecado.** A Él y a su misericordia inagotable.

Casi todos estos textos tienen un segundo final, pero abierto. No sabemos cómo reaccionó el hermano mayor ante las palabras de su padre. No sabemos si Marta, lo dejó todo y se puso al lado de María. No lo sabemos. Las parábolas de Jesús quedan como finales inconclusos, como diciéndonos: “Acábalos tú, con tu vida”. ¿Cómo vas a reaccionar? ¿Te vas a enterar? Ojala que sí.